

timiento de todo lo que me hace falta. No hay un solo momento en que yo no sienta el peso de la medianía de recursos á que me hallo condenada. Bien sé que la alegría y la felicidad son por lo regular compañeras de esa medianía de que me quejo tan amargamente; pero negándome el don de las ilusiones, la naturaleza me ha proporcionado un suplicio con ella. Aseméjome á un ser caído, que no puede olvidar lo que ha perdido, y que no tiene fuerzas suficientes para reconquistarlo. Esta falta absoluta de ilusiones forma mi desgracia de mil maneras. Yo me juzgo como pudiera juzgarme un indiferente, y veo á mis amigos como son. No hay en mí otra cosa que una extrema bondad, que no tiene la actividad suficiente para ser apreciada, ni para ser verdaderamente útil, y que está desvirtuada enteramente por la impaciencia de mi carácter; esta me hace sufrir tanto mas por las desgracias ajenas, cuanto que me quita los medios de poder repararlas. Debo á ella, sin embargo, los pocos goces que he tenido en mi vida; á ella debo sobre todo el no conocer la envidia, compañera por lo regular inseparable de una medianía sin conformidad.»

MONT-D'OR.

«Había formado el proyecto de entrar en algunos detalles relativos á mí; pero el fastidio me hace caer la pluma de las manos.

«Todo cuanto tiene de penoso y amargo mi situación, se convertiría en felicidad si me hallase segura de cesar de existir dentro de algunos meses.

«Aun cuando estuviese segura de hallarme con el valor suficiente para poner el único término posible á mis penas, no lo emplearía: sería ir contra mi objeto dar una idea completa de mis sufrimientos y dejar una herida demasiado dolorosa en el alma que he juzgado digna de consolarme en mis males.

«Yo me suplico *llorando* para tomar un partido tan rigoroso como indispensable. Carlota Corday dice que *no hay sacrificio que proporcione mas placer que aquel cuya decision ha costado mas trabajo*; pero ella iba á morir, y yo puedo vivir aun mucho tiempo. ¿Qué será de mí? ¿Dónde me ocultaré? ¿Qué tumba deberé elegir? ¿Cómo escudarme contra la esperanza de entrar en ella? ¿Qué poder podrá tapiar la puerta de esa esperanza?

«Alejarme á ese silencio; dejarme olvidar, enterarme para siempre: tales son los deberes que me he impuesto y que espero tener el valor de cumplir. Si el cáliz es demasiado amargo, olvidada una vez, no habrá nada que me obligue á apurarlo, y tal vez mi vida no será tan larga como temo.

«Si hubiese determinado el sitio de mi retiro, creo que me hallaría mas tranquila; pero la dificultad del momento se une á las que emanan de mi debilidad, y es menester un pulso sobrenatural para obrar una contra sí misma con resolución; para tratarse con tanto rigor como pudiera hacerlo un enemigo violento y cruel.»

Roma 28 de octubre.

«Hace diez meses que no he dejado de sufrir un solo momento; hace seis que tengo todos los síntomas de la enfermedad del pecho, y algunos del último grado; ¡no me faltan mas que las ilusiones, y aun esas puede que no del todo!»

Mr. Joubert, asustado de este deseo de morir que atormentaba á Mad. de Beaumont, la dirigía estas palabras en sus *Pensamientos*: «Amad y respetad la vida, sino por ella, al menos por vuestros amigos: sea cual fuere el estado en que se halle la vuestra, siempre desearía mas veros ocupada en rejejerla que en deshilvanarla.»

Mi hermana escribía por entonces á Mad. de Beau-

mont. Tengo en mi poder esta correspondencia que me ha devuelto la muerte. La antigua poesía representa á no sé qué Nereida como á una flor flotando sobre el abismo: Lucila era esta flor. Comparando estas cartas con los fragmentos citados, se admira uno de aquella semejanza de tristeza de alma, expresada en el diferente lenguaje de aquellos ángeles desgraciados. Cuando pienso en que he estado en relaciones con tales inteligencias, me admiro de valer tan poco. Esas páginas de dos mujeres de una superior inteligencia, que han desaparecido de la tierra á poca distancia una de otra, no se presentan una sola vez á mi vista sin que dejen de afligirme amargamente.

Lascardais 50 de julio.

«He tenido tal placer, señora, en recibir por fin una carta vuestra, que no he querido tomarme el tiempo suficiente para tener el placer de leerla de una vez: he interrumpido su lectura para participar á todos los habitantes de esta casa que acababa de recibir noticias vuestras, sin pensar en que mi alegría no les importaba nada, y que ni aun sabían que estuviese en correspondencia con vos. Viéndome rodeada de semblantes indiferentes, volví á subir á mi cuarto, tomando el partido de estar alegre á solas. Me puse á acabar de leer vuestra carta, y aunque la he vuelto á leer muchas veces, á decirlos verdad, no estoy aun enterada de todo lo que contiene. La alegría que experimento siempre que veo esta carta tan deseada, perjudica la atención que debiera prestarle.

«¿Con que al fin os decidís á marchar? No vais, volviendo á Mont-d'Or, á olvidaros de vuestra salud; dedicadle todos vuestros cuidados, os lo suplico con toda la ternura de mi corazón. Mi hermano me dice que espera veros en Italia. El destino, lo mismo que la naturaleza, se complace en diferenciarle de mí de un modo bien favorable. A lo menos no me aventaja en la felicidad de amaros; la partiré con él toda mi vida. ¡Oh, Dios mío! ¡Cuán oprimido tengo el corazón y cuán triste me hallo! ¡No sabéis cuánto bien me producen vuestras cartas, y cuánto desprecio me inspiran hácia mis males! La idea de que os ocupáis de mí, de que os intereso me da un valor increíble. Escribidme, señora, para que pueda yo conservar una idea que me es tan necesaria.

«No he visto aun á Mr. Chenedolle; deseo mucho su llegada; podré hablarle de vos y de Mr. Joubert, lo que me causará sumo placer. Permitid, señora, que os vuelva á recomendar vuestra salud, cuyo mal estado me aflige y me ocupa continuamente. ¿Cómo es que no os amais? ¡Sois tan digna del amor de todos!... Es preciso que hagáis la justicia de ocuparos mas de vos.

»LUCILA.»

2 de setiembre.

«Lo que me decís, señora, con respecto á vuestra salud, me inquieta y me aflige; sin embargo, me tranquilizo pensando en vuestra juventud, y que aunque seas delicada, os hallais, sin embargo, llena de vida.

«Me desespera el que esteis en un país que no es de vuestro agrado. Desearía veros rodeada de objetos propios para distraeros y animaros. Espero que con la vuelta de vuestra salud os reconciliaréis con la Auvernia: no hay, sin embargo, lugar que no pueda ofrecer encantos á vuestros ojos. Por ahora habito en Rennes, y me hallo bastante bien con mi aislamiento. Cambio muy á menudo de habitación,

como ya habéis visto: parece estar en la tierra como de limosma: efectivamente, no es hoy el primer día que me conceptúo como una de sus producciones superfluas. Creo, señora, haberos hablado ya de mis penas y de mi agitación. Ahora estoy bien, y disfruto de una paz interior que no hay poder humano que me pueda quitar. Aunque habiendo llegado á la edad que tengo, y habiendo por las circunstancias ó por mi inclinación tenido siempre una vida solitaria, yo no conocía el mundo: por fin he adquirido este triste conocimiento. Afortunadamente ha llegado en mi socorro la reflexión. Me he preguntado á mí misma qué es lo que había de temer en ese mundo y en qué consistía su valor; ese mundo, que, tanto en la desgracia como en la felicidad, no puede ser sino objeto de compasión. ¿No es cierto, señora, que el juicio del hombre se halla tan limitado como el resto de su ser, tan móvil y de una incredulidad igual á su ignorancia? Todas estas buenas ó malas razones me han hecho arrojar la investidura con que me había ataviado, y me he encontrado henchida de sinceridad y de valor; nada puede ya inquietarme. Trabajo con todas mis fuerzas en apoderarme de mi vida y en colocarla enteramente bajo mi dependencia.

«Podeis creer tambien que no soy completamente digna de lástima, puesto que mi hermano, que es la mejor parte de mi misma, se halla en una buena posición, y me quedan ojos para admirar las maravillas de la naturaleza. Dios por apoyo, y por asilo un corazón lleno de paz y de dulces recuerdos. Si tenéis la bondad de continuar escribiéndome, esto aumentará el número de mis goces.»

El misterio del estilo, misterio que se revela en todas partes, que no está presente en ninguna; la revelación de una naturaleza dolorosamente privilegiada; la ingenuidad de una mujer á quien se creería en la primera juventud, y la humilde sencillez de un genio que se desconoce, respiran en todas estas cartas, de las que solo cito algunas. ¿Mad. de Sevigné escribía por ventura á Mad. de Grignan con un cariño mas afectuoso que Mad. de Caud á Mad. de Beaumont? *La ternura de la una podía muy bien colocarse al lado de la de la otra*. Mi hermana amaba á mi amiga con toda la pasión de la tumba, porque conocía que iba á morir. Lucila casi nunca había dejado de habitar cerca de Rochers; pero era la hija de su siglo y la Sevigné de su soledad.

París 1837.

LLEGADA DE MAD. DE BEAUMONT A ROMA. — CARTAS DE MI HERMANA.

Una carta de Mr. Ballanche, fechada del 30 fructidor, me anunció la llegada de Mad. de Beaumont desde Mont-d'Or á Lyon, dirigiéndose á Italia. Me decía en ella que la desgracia que tanto temía no era ya de temer, y que la salud de la enferma parecía muy mejorada. Habiendo Mad. de Beaumont llegado á Milan, encontró á Mr. Bertin, que había ido allí á ciertos negocios: tuvo la bondad de encargarse de la pobre viajera y la condujo á Florencia, donde había ido yo á esperarla. Me quedé horrorizado al verla; no tenía fuerzas mas que para sonreír. Despues de algunos dias de descanso, nos pusimos en camino para Roma, andando al paso para evitar las dificultades del camino. Mad. de Beaumont era objeto de los mas afectuosos cuidados en todas partes por donde pasaba; tenía un singular atractivo aquella mujer tan melancólica y tan doliente. En las posadas las mismas criadas se dejaban arrastrar por esa dulce simpatía.

Puede bien adivinarse lo que yo sufriria; he cerrado los ojos á algunos amigos moribundos, pero estaban mudos, y un resto de inexplicable esperanza venía

á hacer mas punzante mi dolor. No dirigía la vista sobre el hermoso país que atravesábamos; había tomado el camino de Perouse; ¿qué me importa la Italia? Hallaba aun el clima poco agradable, y si el viento soplabá un poco, las brisas se me antojaban tempestades.

En Terni Mad. de Beaumont manifestó deseos de ir á ver la cascada: habiendo hecho un esfuerzo para apoyarse en mi brazo, se volvió á sentar diciendo:— «¿Es preciso dejar que las aguas se precipiten?» Había tomado para ella en Roma una casa solitaria, cerca de la plaza de España, bajo el monte Pincio; había en ella un pequeño jardín con naranjos, y un patio plantado con una higuera. Allí dejé á la moribunda. Me había costado mucho trabajo el proporcionarle esta habitación, porque hay en Roma una preocupación contra las enfermedades del pecho, miradas como contagiosas.

En esta época del renacimiento del órden social buscábase lo que había pertenecido á la vieja monarquía: el papa envió á pedir noticia de la hija de Montmorin; el cardenal Consalvi y los miembros del sacro colegio imitaron á su santidad; el mismo cardenal Fesch dió á Mad. de Beaumont, y hasta su muerte, pruebas de deferencia y de respeto de que seguramente no le hubiera creído capaz, y que me han hecho olvidar los insustanciales disturbios de mis primeros tiempos de mi estancia en Roma. Había escrito á Mr. Joubert, participándole las inquietudes de que me hallaba atormentado antes de la llegada de Mad. de Beaumont: «Nuestra amiga nos escribe desde Mont-d'Or, le decía, cartas que me destrazan el alma: dice en ellas que *conoce que no hay ya aceite en la lámpara*; habla de los *últimos latidos de su corazón*. ¿Por qué la han dejado sola en ese viaje? ¿Por qué no habeis escrito? ¿Qué será de nosotros si la perdemos? ¿Quién podrá consolarnos de esa pérdida? No conocemos el precio de nuestros amigos sino en el momento en que nos hallamos amenazados de perderlos. Somos lo suficientemente locos, cuando todo va bien, para creer que podemos alejarnos de ellos impunemente: el cielo nos castiga; nos los arrebató, y nos deja asustados de la soledad en que quedamos. Perdonad, mi querido Joubert: siento hoy latir en mi pecho un corazón de veinte años; esta Italia me ha rejuvenecido; amo todo lo que me es caro con la misma violencia que en mis primeros años. El dolor es mi elemento, y no me reconozco sino cuando soy desgraciado. Mis amigos actuales son de un género tan singular, que la sola idea de que puedo perderlos me hiela la sangre. Dispensad mis lamentaciones; estoy seguro de que sois tan desgraciado como yo. Escribidme, escribid tambien á esa desgraciada de Bretaña.»

Mad. de Beaumont se encontró algo aliviada los primeros dias. Ella misma empezó á creer en la posibilidad de vivir. Tenía yo la satisfacción de creer que al menos Mad. de Beaumont no se separaría ya de mí, pensaba llevarla á Nápoles para la primavera, y desde allí enviar mi dimisión al ministro de negocios extranjeros. Mr. de Agincourt, ese verdadero filósofo, se acercó á ver la ligera ave de paso que se había detenido en Roma antes de pasar á una tierra desconocida; Mr. Boguet, ya entonces decano de nuestros pintores, se presentó tambien. Estos refuerzos de esperanzas sostuvieron á la enferma, y la hicieron entrever una especie de esperanza que no existía en el fondo de su alma. De todas partes fue recibiendo cartas crueles llenas de temores y esperanzas. El 4 de octubre Lucila me escribía desde Rennes:

«Había empezado dias atrás una carta para tí; la he buscado inútilmente. Te hablaba en ella de Mad. de Beaumont, y me quejaba de tu silencio conmigo. Amigo mío, ¡qué vida paso tan triste y tan singular

desde hace algunos meses! Aquellas palabras del profeta se presentan sin cesar á mi imaginación: *El Señor os coronará de males, y os arrojará como una pelota*. Pero dejemos á un lado mis penas, y hablemos de tus temores. No puedo persuadirme de que sean fundados; veo siempre á Mad. de Beaumont llena de vida y de juventud, y casi inmaterial: ningún presagio funesto puede abrigo mi corazón en este asunto. El cielo, que conoce nuestros sentimientos hacia ella, nos la conservará, no lo dudo. Espero que no la perderemos, y tengo en mi interior esa seguridad. Me complace en pensar que cuando recibas esta carta tus cuidados se habrán disipado. Asegúrala de mi parte del sincero y tierno interés que tengo por ella; de que su porvenir es para mí una de las cosas de mas importancia en este mundo. Cumple tu promesa, y no dejes de darme noticias tuyas siempre que puedas. ¡Dios mio! ¡Cuán largo va á ser el tiempo que pasará antes de que pueda recibir contestación á esta carta! ¡Qué cruel es la distancia! ¿De qué procede el que me hables de tu vuelta á Francia? Sin duda quieres halagar mi cariño, y te engañas. En medio de todas mis penas se eleva del fondo de mi alma un dulce pensamiento, el de tu amistad; el de que estoy presente en tu memoria tal como á Dios le plugo formarme. Amigo mio, no hay para mí en toda la tierra otro asilo seguro que tu corazón; en cualquiera otra parte soy una persona extraña y desconocida. ¡Adios, pobre hermano mio! ¿Te volveré á ver? Esta idea no se presenta á mi imaginación de una manera bien distinta. Si me vuelves á ver, te pareceré enteramente una loca. ¡Adios, tú, á quien tanto debo! ¡Adios, felicidad purísima! Recuerdos de mis hermosos días, ¿no podreis iluminar un poco mis presentes y tristes horas?

«No soy yo una de esas personas que agotan todo su dolor en el momento de la separación; cada día que pasa aumenta el dolor de tu ausencia, y si cien años estuvieras en Roma, no se debilitaría por eso. Para hacerme ilusiones sobre tu ausencia no pasa un solo día en que no lea algunas páginas de tu obra y haga todos los esfuerzos imaginables para figurarme que te estoy escuchando. La amistad que te profeso es muy natural: desde nuestra infancia has sido siempre mi defensa y mi amigo; nunca me has costado una sola lágrima, y jamás has tenido un amigo que no lo haya sido mio. Querido hermano, el cielo, que se complace en privarme de todas las felicidades, quiere sin duda que la encuentre solo en tí, que me confíe á tu corazón. Dame cuanto antes noticias de Mad. de Beaumont. Dirígeme las cartas á casa de Mlle. Lamotte, aunque no sé el tiempo que en ella permaneceré. Desde nuestra última separación estoy siempre, con respecto á mi morada, como la arena movediza que me se escapa bajo los pies: es cierto que seré un ser incomprensible para quien no me conozca; sin embargo, solo vario de forma, quedando siempre el fondo el mismo.»

El canto del cisne que se preparaba á morir fue transmitido por mí al cisne moribundo: ¡yo era el eco de estos inefables y postreros conciertos!

CARTA DE MAD. DE KRUDNER.

Otra carta muy distinta de esta; pero escrita por una mujer cuya misión ha sido extraordinaria, por Mad. de Krudner, demuestra el imperio que Mad. de Beaumont, sin ningunas ventajas de belleza, de fama, riqueza, ni poder, ejercía sobre los espíritus.

París 24 de noviembre de 1805.

«Anteayer supe por Mr. Michaud, que ha vuelto de Lyon, que Mad. de Beaumont estaba en Roma, y

que se hallaba muy enferma: esto es lo que me ha dicho. Me he afligido profundamente; mis nervios se han resentido, y no he hecho mas que pensar en esa mujer encantadora que amé mucho antes de conocer. ¡Cuántas veces le he deseado la felicidad! ¡Cuántas veces he ansiado que pueda atravesar felizmente los Alpes y hallar bajo el cielo de Italia las dulces y profundas emociones que yo mismo he experimentado! ¡Ay! ¿Será posible que haya llegado á ese país para exponerse á los peligros que temo? Me es imposible expresar lo que esta idea me aflige. Perdonad si he estado tan distraída que no os haya aun hablado de vos, mi querido Chateaubriand; debéis ya conocer mi sincero cariño hacia vos, y demostrándoos el vivo interés que me inspira Mad. de Beaumont, espero daros una prueba de él mejor que ocupándome de vos mismo. Tengo ante mis ojos este triste espectáculo; tengo el secreto del dolor, y mi alma se detiene siempre acongojada ante esas almas á quienes la naturaleza dió el poder de sufrir mas que las otras. Esperaba que Mad. de Beaumont gozaria del privilegio que habia recibido para ser mas dichosa; esperaba que hallase un poco de salud con el sol de Italia y la felicidad de vuestra presencia. ¡Ah! Traquilizadme, escribidme; decidme que la amo sinceramente, que hago votos por su felicidad. ¿Ha recibido mi respuesta á la carta que me escribió desde Clermont? Dirigid la contestación á Michaud; no os exijo mas que unas pocas palabras, porque conozco lo sensible que sois y cuánto debéis sufrir. Creía que seguiría mejor, y no la he escrito. Hallábase abrumada de negocios, pero pensaba siempre en la felicidad que experimentaría al volveros á ver, y sabia comprenderla. Decidme algo de vuestra salud; creed en mi amistad, en el interés que siempre me he tomado por vos, y no me olvidéis.

»B. KRUDNER.»

París 1838.

MUERTE DE MAD. DE BEAUMONT.

La mejoría que los aires de Roma habian hecho experimentar á Mad. de Beaumont, no duró mucho; las señales de una destrucción inmediata desaparecieron, es verdad; pero parece que el postrer momento se detiene siempre para engañarnos. Habia ensayado dos ó tres veces un paseo en carruaje con la enferma; me esforzaba por distraerla, haciéndole notar los campos y el cielo; pero nada la agradaba ya. Un día la conduje al Coliseo; era uno de esos días de octubre, tales como solo se ven en Roma. Conseguió bajar, y fué á sentarse sobre una piedra, frente á uno de los altares colocados enrededor del edificio. Alzó los ojos, los paseó lentamente sobre aquellos pórticos, muertos tambien hacia tantos años, y que tantas cosas habian visto morir; las ruinas estaban adornadas de espinos y pajarillos azafrañados por el otoño y llenos de luz. La mujer espirante bajó despues de grada en grada hasta la arena sus miradas, que huían del sol; las detuvo sobre la cruz del altar, y me dijo: — «Vámonos, tengo frio.» La conduje á su casa, y se acostó para no volverse á levantar.

Me habia relacionado con el conde de la Lucerne, y le enviaba desde Roma todos los correos el boletín de la salud de su cuñada. Cuando habia estado encargado por Luis XVI de una misión diplomática en Londres, habia llevado consigo á su hermano; Andres Chernier formaba tambien parte de esta embajada.

Los médicos á quienes habia reunido nuevamente despues del ensayo de paseo me declararon que solo

un milagro podia salvar á Mad. de Beaumont. Tenia fija su mente en la idea de que no pasaria del 2 de noviembre, día de los difuntos; despues recordó que uno de sus parientes habia muerto el 4 de noviembre. Yo le decia que su miedo era infundado; que pronto reconoceria la falsedad de sus pronósticos, y ella me respondia para consolarme: — «¡Oh, si; iré mas lejos!» Distinguí algunas lágrimas que yo procuraba ocultarle; me tendió su mano, y me dijo: — «Sois un niño; pues qué, ¿no esperábais esto?»

La víspera de su muerte, el jueves 3 de noviembre, me pareció mas tranquila. Me habló de arreglar su fortuna, y me dijo, hablando de su testamento: — «Que todo habia concluido para ella; pero que todo le quedaba por hacer, y que habria deseado tener solo dos horas para ocuparse de ello.» Por la noche el médico me advirtió que se creía obligado á manifestar á la enferma era ya tiempo de pensar en su conciencia; tuve un momento de flaqueza; el temor de precipitar por el aparato de la muerte los cortos instantes que Mad. de Beaumont debia vivir, me causó profundo desaliento. Me irrité contra el facultativo, y despues le supliqué esperase hasta el día siguiente.

Mi noche fue cruel con el secreto que guardaba mi corazón. La enferma no me permitió pasarla en su cuarto. Permanecí fuera, temblando á cada rumor que oía; cuando entreabrian la puerta, distinguía solo la débil claridad de la lamparilla que se apagaba.

El viernes 4 de noviembre entré, seguido por el médico. Mad. de Beaumont conoció mi turbación, y me dijo: — «¿Por qué estais de esa suerte? He pasado buena noche.» El médico afectó entonces que tenia que hablarme de cosas importantes en la sala inmediata. Sali, y al volver, no sabia lo que era de mí. Mad. de Beaumont me preguntó qué era lo que el médico queria, y entonces me arrojé llorando sobre su lecho. Un momento estubo sin hablar, me miró, y me dijo con voz firme, como si hubiese querido prestarme fuerzas. — «No creía que fuese tan pronto: vamos, es preciso despedirnos. Llamad al abate Bonnevie.»

El abate Bonnevie, autorizado en regla, se dirigió á casa de Mad. de Beaumont. La enferma le declaró que en su corazón siempre habia abrigado vivos sentimientos religiosos; pero que las terribles desgracias que la habian afligido durante la revolución la habian hecho dudar alguna vez de la justicia de la Providencia; que estaba pronta á reconocer sus errores y á recomendarse á la misericordia divina; pero que esperaba que los males que habia sufrido en este mundo abreviarían su expiación en el otro. Me hizo señas de que me retirase, y permaneció sola con su confesor.

Le ví volver una hora despues, enjugando sus ojos y diciendo que jamás habia oído un lenguaje mas bello, ni visto un heroísmo semejante. Enviaron á buscar al cura para administrarle los sacramentos. Volví al lado de su lecho. Al distinguirme, me dijo: — «Y bien, ¿estais contento de mí?» Se enterneció hablando de lo que llamaba *mis bondades* hacia ella. ¡Ah! si hubiese podido en aquel momento comprar uno solo de sus días con el sacrificio de todos los míos, ¿con qué alegría lo hubiera hecho! Los demás amigos de Mad. de Beaumont, que no asistían á este espectáculo, no tenían al menos que llorar mas que una vez de pie, á la cabecera de su lecho de dolor, donde el hombre oye sonar su hora suprema, cada sonrisa de la enferma me devolvía la vida y me la robaba al disiparse. Una idea deplorable vino á agitarme: adiviné que Mad. de Beaumont no se habia apercebido hasta su postrer suspiro del amor que la profesaba: no cesaba de manifestar su sorpresa, y parecia morir desesperada y gozosa á un tiempo. Habia creído ser una

carga para mí, y habia deseado desaparecer para desembarazarme de ella.

El sacerdote llegó á las once: el cuarto se llenó de esa multitud de curiosos y de indiferentes que siguen á todo sacerdote en Roma. Mad. de Beaumont vió aquella formidable solemnidad sin la menor señal de espanto. Nosotros nos arrodillamos, y la enferma recibió á la vez la sagrada hostia y la Extremaunción. Cuando todos se hubieron retirado, me hizo sentar á la orilla de su lecho, y me habló durante media hora de mis negocios y de mis proyectos con la mayor elevación de ideas y la amistad mas tierna; me recomendó especialmente viviese al lado de Mad. de Chateaubriand y de Mr. Joubert; ¿pero este debia vivir?

Me rogó luego abriese el balcón, porque se sentía oprimida. Un rayo de sol vino á alumbrar su lecho, y pareció alegrarla. Me recordó entonces sus proyectos de retiro al campo, de que algunas veces nos habíamos ocupado, y rompió el llanto.

Entre las dos y las tres de la tarde Mad. de Beaumont pidió la mudase de cama á la Saint-Germain, antigua doncella española que la servía con un cariño digno de tan excelente señora: el médico se opuso á ello, temiendo que la enferma muriese durante esta traslación. Entonces me dijo sentía aproximarse la agonía. De súbito despidió la ropa, y tendió una mano, apretó la mia convulsivamente, sus miradas se perdieron en el espacio. Con la mano que le quedaba libre hacia señales á uno que se figuraba ver al pie de su lecho: despues, poniendo aquella mano sobre su corazón, decía: — «¡Aquí es! Conternado la pregunté si me reconocía; el bosquejo de una sonrisa se dibujó en sus labios en medio de su agonía; me hizo una ligera señal afirmativa con la cabeza: su palabra habia ya huido de este mundo. Las convulsiones solo duraron algunos minutos. Nosotros la sosteníamos en nuestros brazos: una de mis manos se hallaba apoyada sobre su corazón, que tocaba á sus ligeros huesos; palpaba con rapidez, como un reloj que gasta su cuerda rota. ¡Oh momento de horror y de espanto! ¡Yo la sentí pararse! Inclinamos sobre su almohada el cuerpo de la mujer cuya alma habia ya volado. Algunos bucles de sus cabellos destrenzados caían sobre su frente; sus ojos estaban ya cerrados; la eterna noche habia descendido hasta ellos. El médico presentó un espejo y una luz á la boca de la extranjera: el espejo no se empañó con el soplo de la vida, y la luz permaneció inmóvil. Todo estaba concluido.

París.

FUNERALES.

Por lo general los que lloran pueden gozar en paz de sus lágrimas; otros se encargan de atender á los cuidados postreros de la religion: como representante de la Francia, ausente el cardenal ministro, como el único amigo de la hija de Mr. de Montmorin, y responsable á su familia, me vi obligado á dirigirlo todo: me fue preciso designar el lugar de la sepultura, ocuparme de la profundidad y de la longitud de la huesa, entregar la mortaja y dar á los operarios las dimensiones del féretro.

Dos religiosos velaron al lado de aquel féretro que debia ser conducido al templo de San Luis de los franceses. Uno de estos padres era de Auvernia, y habia nacido en el mismo Montmorin. Mad. de Beaumont habia deseado se la envolviese en una tela que su hermano Augusto, único que se habia librado del cadalso, le habia enviado de la isla Borbon. Esta tela no se hallaba en Roma, y solo se encontró un pedazo que llevaba siempre consigo. La doncella ciñó á su cuerpo esta tela, y metió en el féretro una cornalina que contenía pelo de Mr. de Montmorin. Los ecle-

siásticos franceses se hallaban convocados; la princesa Borghese prestó el carro fúnebre de su familia; el cardenal Fesch había dejado la orden de enviar sus carruajes y criados. El sábado 5 de noviembre á las siete de la tarde, á la luz de las antorchas, y en medio de una gran multitud, pasó Mad. de Beaumont por el camino por donde todos pasamos. El domingo 6 de noviembre se celebró la misa de *Requiem*. Los funerales hubieran sido menos franceses en París de lo que lo fueron en Roma. Aquella arquitectura religiosa, que lleva en sus adornos las armas y las inscripciones de nuestra antigua patria, aquellos sepulcros donde están grabados los nombres de algunas de las razas más históricas en nuestros anales; aquella iglesia bajo la protección de un gran santo, de un gran rey y de un gran hombre; todo esto no consolaba, pero honraba la desgracia. Deseaba que el último vástago de una familia un día poderosa, hallase al menos algún apoyo en mi oscura adhesión, y que no le faltara la amistad, ya que le faltaba la fortuna.

El pueblo romano, acostumbrado al trato de los extranjeros, les sirve de hermanos. Mad. de Beaumont ha dejado sobre aquella tierra hospitalaria para los muertos una piadosa memoria; aun se la recuerda: he visto á Leon XII orando sobre su sepulcro. En 1827 visitaba el monumento de la que fue el alma de una sociedad destruida: el ruido de mis pasos enrededor de aquel mudo monumento en una iglesia solitaria, era para mí una especie de consejo. «Te amaré siempre, dice el epítafio griego; pero tú, en la mansión de los muertos, no bebas, te ruego, en esa copa, que te haría olvidar á tus antiguos amigos.»

París, 1858.

AÑO DE MI VIDA 1803.—CARTAS DE MR. CHENEDOLLE, DE MR. DE FONTANES, DE MR. NECKER Y DE MADAMA DE STAEL.

Si se elevasen á la altura de los acontecimientos públicos las calamidades de una vida privada, estas calamidades apenas deberían ocupar una palabra en mis *Memorias*. ¿Quién no ha perdido un amigo? ¿Quién no lo ha visto morir? ¿Quién no podrá pintar una escena igual de duelo? La reflexión es justa; sin embargo, nadie se ha corregido dejando de contar sus propias aventuras: sobre el buque que los lleva, los marineros tienen una familia en tierra que les interesa, y de la que hablan entre sí. Cada hombre guarda dentro de sí un mundo aparte, extraño á las leyes y al destino general de los siglos. Es además un error el creer que las revoluciones, los sucesos famosos, las grandes catástrofes sean los únicos fastos de nuestra naturaleza, todos trabajamos, uno tras otro, en esa cadena de la historia común, y de todas esas existencias individuales se compone á los ojos de Dios el universo humano.

Reuniendo la expresión de los diversos sentimientos que produjo su muerte enrededor de las cenizas de Mad. de Beaumont, no hago más que colocar sobre su sepulcro las coronas á ella destinadas.

CARTA DE MR. CHENEDOLLE.

«No dudais, sin duda, mi querido y desgraciado amigo, de toda la parte que tomo en vuestra aflicción. Mi dolor no es tan grande como el vuestro, porque esto no era posible; pero me aflige profundamente esta pérdida, y ella viene á oscurecer más esta vida que hace tiempo no es más que un sufrimiento para mí. Así pasa y se borra de la faz de la tierra todo lo que hay en ella de bueno, de amable y de sensible. ¡Pobre amigo mío, apresuraos á volver á Francia;

venid á buscar algunos consuelos cerca de vuestros antiguos amigos! Sabéis cuánto os amo: venid.

«Estaba muy inquieto con respecto á vos: hacía más de tres meses que no había recibido noticias vuestras, y tres cartas mías han quedado sin respuesta. ¿Las habéis recibido? Mad. de Caud hace dos meses que ha dejado de escribirme. Esto me ha causado profunda pena, y no obstante, creo que de nada tengo que acusarme respecto á ella. Empero por más que haga, no podrá arrancar de mí la tierna y respetuosa amistad que le he consagrado toda mi vida. Fontanes y Joubert han dejado también de escribirme: así, todo lo que yo amaba parece haberse reunido para olvidarme á un tiempo. ¡No me olvidéis vos, amigo mío, y que en esta tierra de lágrimas me quede un corazón con el que al menos pueda contar! ¡Adios! Os abrazo llorando. Estad seguro, mi buen amigo, de que siento vuestra pérdida cual debe sentirse.»

CARTA DE MR. DE FONTANES.

27 de noviembre de 1805.

«Participo de vuestro pesar, mi querido amigo: siento lo doloroso de vuestra situación. ¡Morir tan joven, y después de haber sobrevivido á toda su familia! Pero al menos esa interesante é infeliz mujer no habrá carecido de los auxilios y de los recuerdos de la amistad. He leído á Mr. de La Lucerne la tierna relación que le estaba destinada. El anciano Saint-Germain, criado de vuestra amiga, fue quien le llevó la nueva. Este buen servidor me ha hecho llorar hablándome de su señora. Le he dicho que tenía un legado de diez mil francos; pero ni un momento se ha ocupado de esto. Si fuese posible hablar de negocios en tan lúgubres circunstancias, os diría que era bien natural daros al menos el usufructo de unos bienes que deben pasar á colaterales lejanos y casi desconocidos. Apruebo vuestra conducta: conozco vuestra delicadeza; pero yo no puedo tener hacia mi amigo el mismo desinterés que él abriga para sí. Confieso que este olvido me sorprende y me aflige. Mad. de Beaumont sobre su lecho de muerte, os ha hablado con la elocuencia del postrer adiós, del porvenir y de vuestra suerte futura. Su voz debe tener para vos más fuerza que la mía. ¿Pero os ha aconsejado que renunciéis á ocho ó diez mil francos de sueldo, cuando vuestra carrera se ve desembarazada de las primeras espinas? ¿Podríais precipitaros, mi querido amigo, á dar un paso tan importante?

«No dudareis del gran placer que tendré en veros; si solo consultase mi propia dicha, os diría: «Venid al instante.» Pero vuestros intereses me son tan caros como los míos, y no veo recursos bastante inmediatos para resarciros las ventajas que voluntariamente perdéis. Sé que vuestro talento, vuestro nombre y el trabajo no os dejarán nunca á merced de las necesidades más urgentes; pero veo en todo ello más gloria que fortuna. Vuestra educación y vuestros hábitos exigen ciertos gastos. La fama no basta para las necesidades de la vida, y esa miserable ciencia de la olla marcha á la cabeza de todas las demás, cuando uno quiere vivir independiente y tranquilo. Espero que nada podrá decidirlos á buscar la fortuna en suelo extranjero. ¡Ah, amigo mío! estad seguro de que después de las primeras caricias valen aun menos que los compatriotas. Si vuestra amiga moribunda ha hecho todas estas reflexiones, sus últimos momentos deben haber sido un tanto agitados; pero espero que á los pies de su tumba hallareis lecciones y luces superiores á las que los amigos que os quedan pudieran comunicaros. Esa amable mujer os amaba, ella os aconsejará bien. Su memoria y vuestro corazón os guiarán con seguridad, estoy tranquilo, si les pres-

tais (idos. Adios, mi querido amigo: os abrazo tiernamente.»

Mr. Necker me escribió la única carta que he recibido de él. Había sido testigo de la alegría de la corte cuando la separación de este ministro, cuyas honradas opiniones contribuyeron á la caída de la monarquía. Había sido colega de Mr. de Montmorin. Mr. Necker iba á morir bien pronto en el lugar donde fechaba su carta: no teniendo entonces á su lado á Mad. Stael, halló algunas lágrimas para la amiga de su hija.

CARTA DE MR. NECKER.

«Caballero: mi hija al ponerse en camino para la Alemania, me ha rogado le abriese las cartas que purdieran dirigirla, con objeto de juzgar si valían la pena de mandárselas por el correo: este es el motivo de haber sabido antes que ella la muerte de Mad. de Beaumont. Le he enviado vuestra carta á Francfort, de donde se la remitirán más lejos, tal vez á Weimar ó Berlin. No os extrañe si no recibís la contestación de Mad. de Stael tan pronto como tenéis derecho á esperar. Estais bien seguro del dolor que experimentará Mad. de Stael al saber la pérdida de una amiga, de la que siempre le he oído hablar con el mayor cariño. Me asocio á su pena, y me cabe un particular sentimiento cuando pienso en la desgraciada suerte de toda la familia de mi amigo Mr. de Montmorin.

«Veo, caballero, os hallais en vísperas de abandonar á Roma para regresar á Francia: deseo que emprendais vuestro camino por Ginebra, donde voy á pasar el invierno. Tendría un vivo placer en haceros los honores de una ciudad donde os ha precedido vuestra reputación. ¿Pero dónde no sois ya conocido? Vuestra última obra, radiante de incomparables bellezas, se halla en manos de cuantos aman las letras.

«Tengo el honor de ofreceros las seguridades y el homenaje de mis sentimientos más distinguidos.»

»NECKER.»

Coppet 27 de noviembre de 1805.

CARTA DE MAD. DE STAEL.

Francfort 5 de diciembre de 1805.

«¡Ah, Dios mío, my dear Francis; cuán profundo dolor me ha causado vuestra carta! Ya ayer había caído sobre mí por los diarios esa espantosa nueva, y vuestra relación desgarradora viene á grararla para siempre con letras de sangre en mi corazón. Podéis, ¿podéis hablarme de opiniones diversas sobre la religión y sobre sus ministros? ¿Por ventura hay dos opiniones cuando solo existe un sentimiento? No he leído vuestra carta sino regándola con mis lágrimas. Mi querido Francisco, recordad el tiempo en que me profesabais una amistad más viva; no olvidéis aquel en que todo mi corazón era vuestro, y decíais que esos sentimientos, más tiernos, más profundos que nunca, están vivos para vos en el fondo de mi pecho. Amaba, admiraba el carácter de Mad. de Beaumont; no conocía otro más generoso, más agradecido, más apasionadamente sensible. Desde que he entrado en el mundo, no habían cesado mis relaciones con ella, y conocía que, no obstante algunas diferencias, me era vivamente simpática. Mi querido Francisco, dadme un lugar en vuestra vida. Os admiro, os amo, amaba á la que echais de menos. Soy una amiga ardiente; seré para vos una hermana. Mas que nunca debo respetar vuestras opiniones; Mathieu, que participa de ellas, ha sido un ángel para mí en la última pena que acabo de experimentar. Haced que os sea útil ó agradable de algún modo. ¿Os han escrito que había sido

desterrada á cuarenta leguas de París? He aprovechado esta ocasión para visitar la Alemania; pero en la primavera habré vuelto á París, si la terminación de mi destierro, ó á Ginebra. Haced de manera que nos reunamos. ¿No sentís que mi espíritu y mi alma entienden la vuestra, y que á través de las diferencias de carácter nuestras almas están unidas? Mr. de Humboldt me había escrito hace algunos días una carta, en que me hablaba de vuestra obra con una admiración que os debe lisonjear en un hombre de su mérito y de su opinión. ¡Pero á qué hablaros de vuestros triunfos en semejante momento! ¡Sin embargo, esos triunfos ella los amaba y eran su gloria! Continúa haciendo ilustre al que tanto amó. Adios, mi querido Francisco. Os escribiré desde Weimar en Sajonia. Respondedme con sobre á MM. Desport, banqueros. ¿Cuántas frases desgarradoras hay en vuestra relación! Y la resolución de conservar á la pobre Saint-Germain; la traereis á mi casa.

»¡Adios tiernamente; dolorosamente adios!

»N. DE STAEL.»

Esta carta, afectuosamente rápida, agitada, escrita por una mujer ilustre, me enterneció nuevamente. ¡Mad. de Beaumont habría sido bien dichosa en aquel momento si el cielo la hubiera permitido renacer! Pero nuestro cariño, que se hace oír de los muertos, no tiene el poder de desatar sus ligaduras: cuando Lázaro se levantó del sepulcro tenía los pies y las manos ligadas con bandas y cubierto el rostro con un sudario; ora bien; la amistad no puede decir como Cristo á Marta y á María:—«Desatadlas y dejadlos marchar.»

Ellos también, mis consoladores, han pasado, y hoy me piden para sí los pésames que daban á otros.

París 1858.

AÑOS DE MI VIDA 1803 Y 1804.—PRIMERA IDEA DE MIS MEMORIAS.—SOY NOMBRADO MINISTRO DE FRANCIA EN EL VALESADO.—SALIDA DE ROMA.

Hallábame decidido á abandonar la carrera diplomática, en que tantos disgustos personales habían venido á mezclarse con la insustancialidad de mis ocupaciones y con los mezquinos asuntos políticos. Nadie puede comprender la amargura que experimenta el corazón cuando se ve obligado á permanecer solo en los sitios habitados poco antes por una persona que hacía las delicias de su vida. Búscasela, y no se la encuentra; ella os habla, os sonríe, os acompaña; todo cuanto ella ha llevado ó ha tocado reproduce su imagen; no hay entre ella y vos más que un velo trasparente, pero tan pesado, que no se puede levantar. El recuerdo del primer amigo que os ha abandonado sobre el camino es cruel; porque si vuestros días se han prolongado, habéis necesariamente experimentado otras pérdidas; estas muertes que se han ido sucediendo se acumulan á la primera, y llorais á á la vez en una sola persona todas las que habéis perdido sucesivamente.

Entre tanto que yo tomaba mis disposiciones, prolongadas por la distancia á que me hallaba de Francia, hallábame abandonado sobre las ruinas de Roma. En mi primer paseo todo me parecía cambiado; no reconocía los árboles, ni los monumentos, ni el cielo; me extraviaba en medio de los campos, á lo largo de las cascadas de los acueductos, como en otro tiempo bajo las verdes bóvedas de los bosques del Nuevo-Mundo. Volvía á entrar en la ciudad eterna, que entonces unía á tantas existencias pasadas una nueva existencia destruida.

A fuerza de recorrer las soledades del Tiber, grabáronse tan profundamente en mi memoria, que las

reproducía con bastante exactitud en mi carta á Mr. de Fontanes:

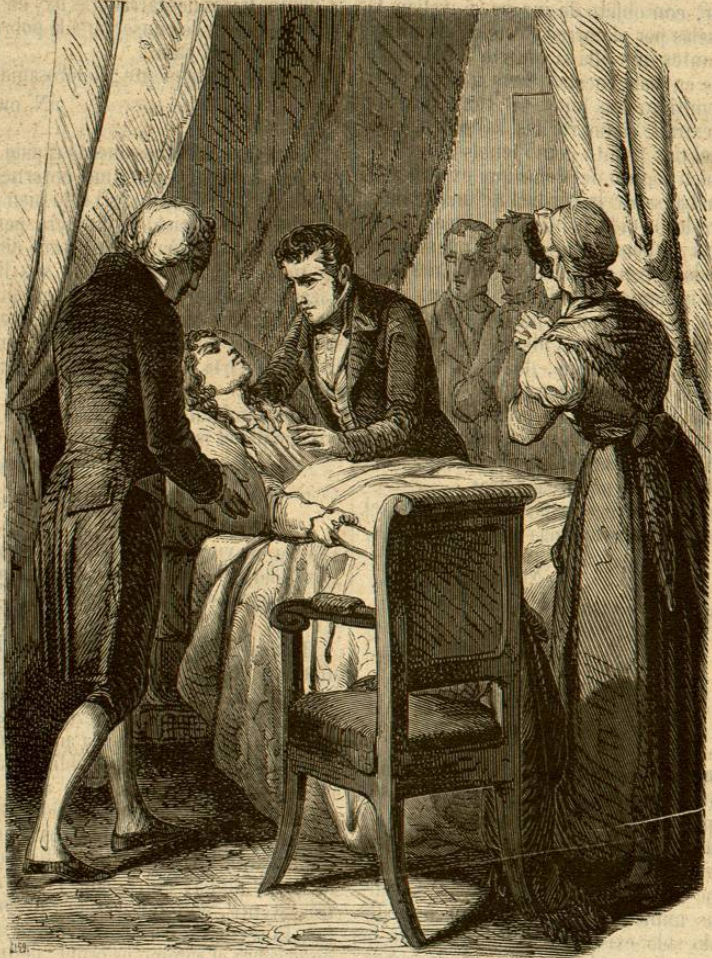
«Si el extranjero es desgraciado, decía; si ha confundido las cenizas que amó con otras tantas cenizas ilustres, ¡con qué placer no pasará desde la tumba de Cecilia Metella á la de una mujer desgraciada!»

En Roma fue también donde concebí por la primera vez la idea de escribir las *Memorias de mi vida*. Guardo aun algunas líneas de ellas, de las que presento estas pocas palabras: «Después de haber andado errante sobre la tierra, pasado los mejores años de mi

juventud lejos de mi país, y sufrido cuanto un hombre puede sufrir, incluso el hambre, volví á París en 1800.»

En una carta dirigida á Mr. Joubert presentaba mi plan del modo siguiente:

«Mi sola felicidad consiste en tener algunas horas para ocuparme en un trabajo, el único que puede dulcificar mis penas; este es las *Memorias de mi vida*. Roma estará comprendida en ellas; solo así puedo ya hablar de Roma. Estad tranquilo; mis *Confesiones* no causarán disgusto á mis amigos: si he de llegar algún día á figurar, mis amigos ocuparán también en



MUERTE DE MADAMA BAUMON.

ei porvenir un lugar tan bello como respetable. No molestaré á la posteridad con los pormenores de mis debilidades; no hablaré de mí sino en la parte que conviene á mi dignidad de hombre, y, me atrevo á decirlo, á la elevación de mi corazón. Al mundo no se le debe presentar sino lo que es bello; no es mentir á Dios el descubrir únicamente la parte de la vida que puede inspirar á nuestros semejantes sentimientos nobles y generosos. Seguramente en el fondo no tengo nada que ocultarme; no he hecho despedir á ninguna criada por el robo de una sortija, ni abandonado á un amigo moribundo en medio de la calle, ni deshonrado á la mujer que me ha acogido, ni entregado mis hijos bastardos á la Inclusa; pero he tenido debilidades,

flaquezas de corazón: una ojeada de compasión sobre mí bastará para hacer comprender al mundo estas miserias humanas, que necesitan estar protegidas por un velo. ¿Qué ganaría la sociedad en la reproducción de estas llagas que la afligen, y que en todas partes se encuentran? No faltan ejemplos cuando se quiere triunfar de la pobre naturaleza humana.»

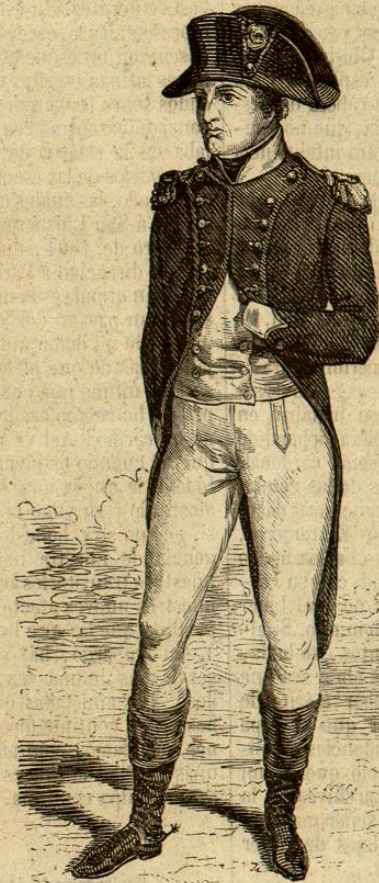
En este plan que me había trazado olvidaba á mi familia, mi infancia, mi juventud, mis viajes y mi destierro, en cuya narración me he complacido después.

Me había asemejado ó un esclavo feliz que, acostumbrado á poner su libertad en el cepo, no sabe qué hacer de ella cuando ve rotas sus cadenas. Siempre

qué quería abandonarme á mi trabajo, un fantasma llegaba á colocarse delante de mí, y no podía separar de él mis ojos; únicamente la religión me fijaba por su importancia y por las reflexiones de un orden superior que me sugería.

Sin embargo, al ocuparme en la idea de escribir mis *Memorias*, comprendí el valor que los antiguos daban á su nombre: hay tal vez una tierna realidad en esta sucesión de recuerdos que pueden dejarse al pasar. Tal vez entre los grandes hombres de la antigüedad la idea de una vida inmortal en la raza humana ocupaba el lugar de la inmortalidad del alma, que

para ellos era un problema. Si la fama es poca cosa cuando se ciñe meramente á nosotros, es menester convenir, sin embargo, en que es un hermoso privilegio, concedido á la amistad del genio, el dar una existencia imperecedera á todo cuanto él ama. Yo empecé un comentario de algunos libros de la Biblia, principiando por el Génesis. Sobre este versículo: *Hé aquí que Adán ha llegado á ser como uno de nosotros, conocedor del bien y del mal; ahora no conviene que lleve su mano al fruto de la vida, que le coja, que coma de él, y que viva eternamente*: apreciaba yo la imponente ironía del Creador: *Hé aquí*



BONAPARTE.

*que Adán ha llegado á ser como uno de nosotros, etc...* No conviene que el hombre lleve su mano al fruto de la vida. ¿Por qué? Porque ha gustado el fruto de la ciencia, y conoce el bien y el mal; ahora se halla agoviado de males; por lo tanto, no conviene que viva eternamente. ¿Qué bondadoso ha sido Dios en conceder la muerte!

Hay en el mismo comentario oraciones empezadas; unas para las *aflicciones del alma*, otras para *fortificarse contra la prosperidad de los malos*: procuraba reunir en un centro de reposo los pensamientos errantes fuera de mí.

Como Dios no quería concluir allí mi vida, reser-

vándola para largas pruebas, las tempestades que es habían levantado se calmaron. Repentinamente el cardenal embajador cambió de comportamiento conmigo: tuvimos una explicación, en la que le declaré mi resolución de retirarme. Opúsose diciendo que mi dimisión en aquel momento parecería una caída; que llenaría de júbilo á mis enemigos; que el primer cónsul se incomodaría, lo cual me impediría el vivir tranquilo en el sitio á que quisiera retirarme. Me propuso el ir á pasar quince días ó un mes en Nápoles.

En esta misma coyuntura, la Rusia me sondeaba para saber si aceptaría el puesto de ayo de un gran duque: solo á Enrique V hubiera yo hecho, en todo